



EL PALACIO DUCAL DE VILLAHERMOSA



Este palacio (que fue) sólo nos muestra su fachada. Y nos la muestra porque, siendo la piedra más tozuda y persistente que el ladrillo habitual y doméstico, tardará algo más que la desdichada Capilla del Estudio General que mandara construir don Pedro Cerbuna en venirse abajo.

Las leyes de la Física, no obstante, se cumplen inexorablemente y ya va siendo maravilla contemplar cómo aquél espléndido lienzo se aferra a la permanencia y a la vida sin llevarse por delante alguna crisma inocente y otro jirón

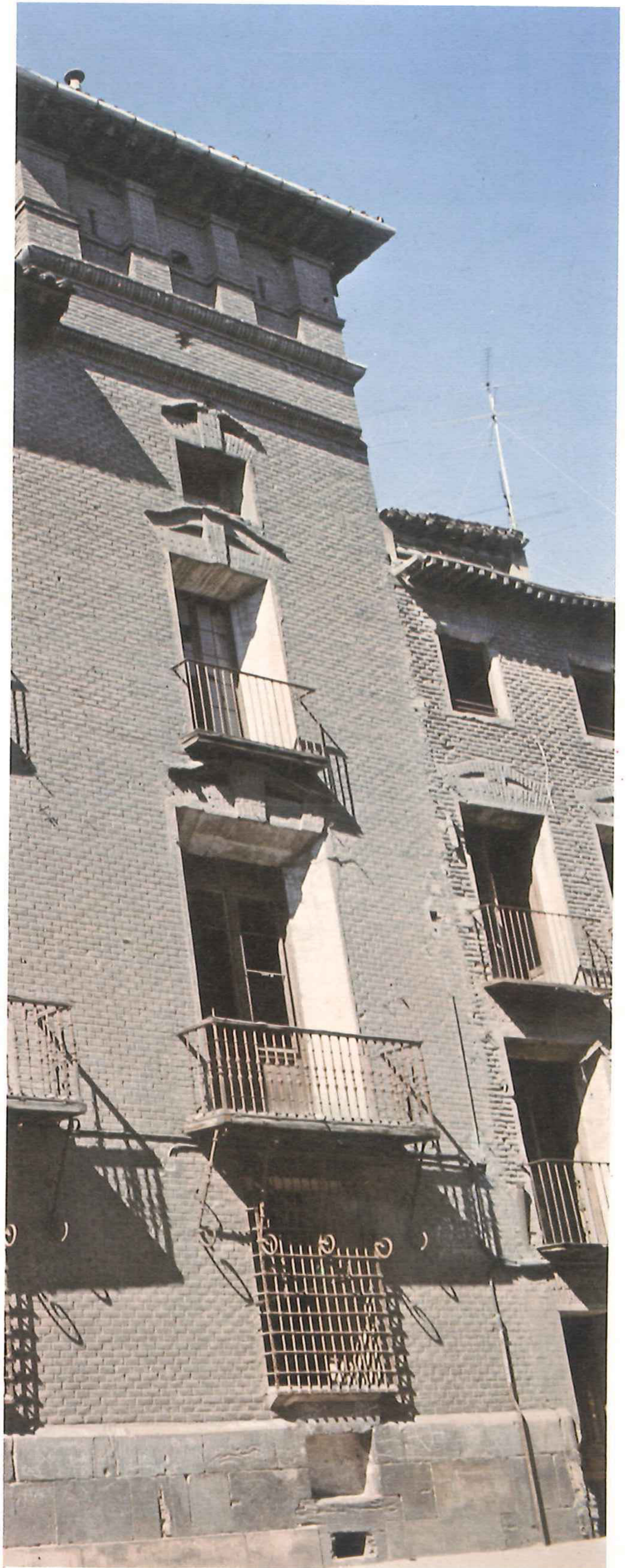
de nuestra ya escasísima vergüenza.

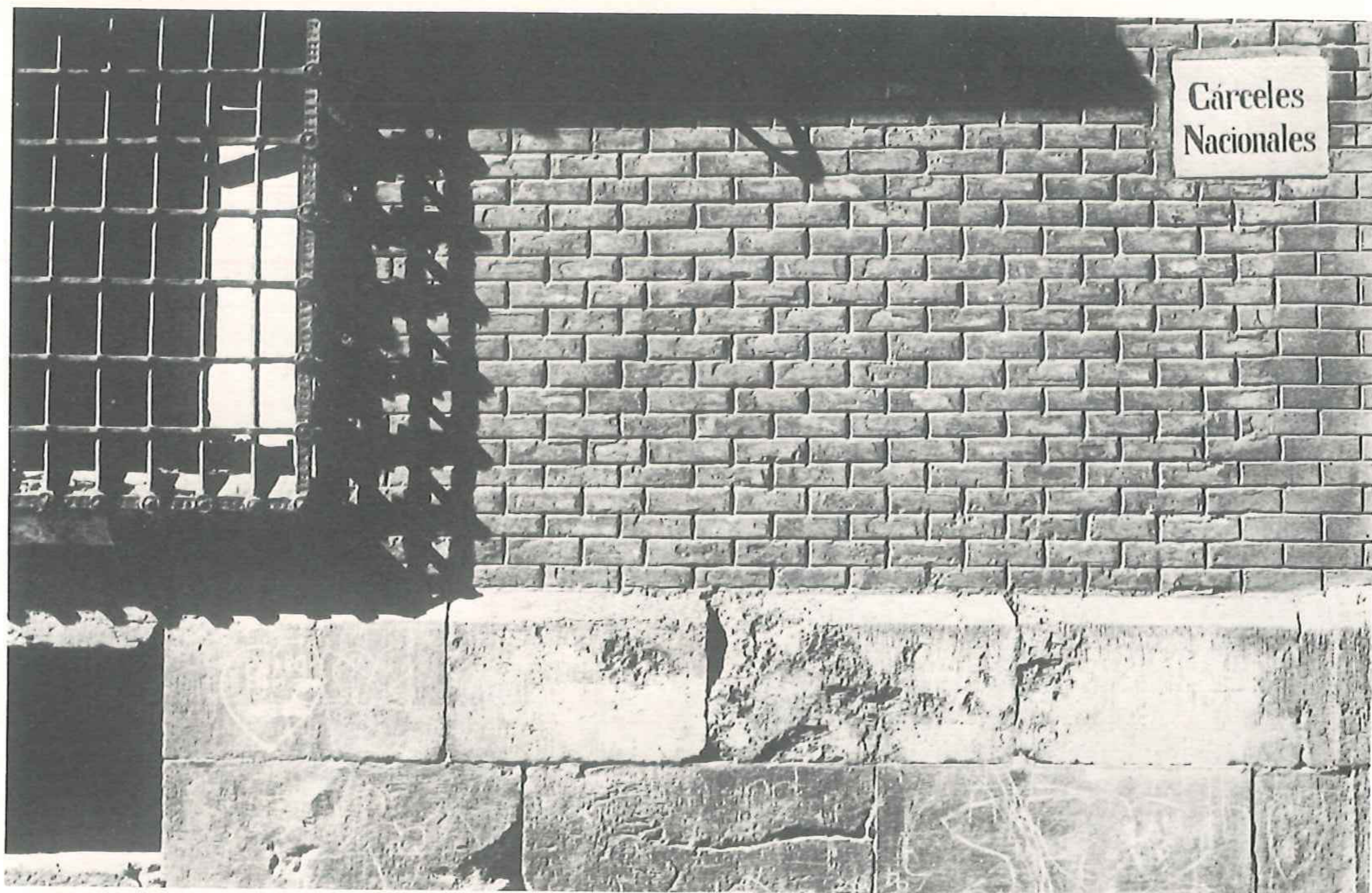
A propósito del patio de la Infanta el **Blanco y Negro** (fíjense bien que era el **Blanco y Negro**, y no **El Socialista**, pongo por caso) contaba en 15 de febrero de 1903: «por punible incuria y odiosa mezquindad del Estado, de un Estado que no sabe engendrar glorias del presente ni del porvenir, pero tampoco acierta a conservar las del pasado, va a perderse y a hacerse añicos, vendiéndose a pedazos en pública subasta, uno de los más bellos ejemplares del arte plateresco español».

El palacio de Villahermosa no acertaría a ser uno de los más bellos ejemplares de nada, ni siquiera merecería la pena de ser hecho añicos y vendido a pedazos en pública subasta. Puede que, en dinero, no valiera las diecisiete mil pesetas que el astuto Schultz sacó de su bolsillo (una miseria, aun para el año 4) para dejarse engañar por nuestros convecinos de entonces, más «astutos» aún que él. (Pueden ustedes llorar con Gaya Nuño en su extraordinario **La Arquitectura española en sus monumentos desaparecidos**, Madrid, 1961, que lleva en la portada de sus más de cuatrocientas páginas «nuestra» Torre Nueva, el record absoluto de las vergüenzas cesaraugustanas).

Digamos que no, que la ex cárcel de mujeres no valdría dinero si encontrase comprador. ¿Quién compra una fachada? Porque lo que ya no puede subastarse es el patio, de arcos mixtilíneos, ni la gran escalera cubierta por una cúpula muy digna que recuerda a la que fue del Palacio de los Condes de Fuenclara. Descansen en paz.

Sus balcones, sin embargo, cerrados con arco rebajado, y la portada de piedra, añadida en el siglo XVII, son excelentes (Cf. F. ABBAD, **Catálogo...** cit., Madrid, 1957). Ni siquiera todo lo que queda es piedra: el milagro de supervivencia lo soporta un zócalo de sillares sobre el que gravita la masa del ladrillo en el que están hechas las dos plantas superiores y los torreones esquineros, tan propios de las casas señoriales de la ciudad, como en La Audiencia o en los palacios de Herbás o del Protonotario del Reyno, de los que hemos podido conseguir bien recientemente sorprendentes e inéditas noticias gráficas (G. FATAS y G. M. BORRAS, **Zaragoza, 1563**, Zaragoza, 1974, con una vista panorámica de la ciudad en el siglo XVI).





Esta fachada, hace pocos años (F. TORRALBA y M. GOMEZ VALENZUELA, **Catálogo de monumentos histórico-artísticos y edificios de interés para el estudio del Arte en la ciudad de Zaragoza**, Zaragoza, 1968) se conservaba bien, «ofreciendo una curiosa forma de ornamentación **funcional** en sustitución de los frontones, hecha por y para el ladrillo, sobre los balcones. La gran portada principal, con su molduraje y disposición, no deja de recordar los palacios madrileños de la época, con su balcón también encajado, formando conjunto con la puerta principal. Es también digna de mención la rejería de la época, muy a tono con esta noble y monumental fachada». No sé qué pensarán hoy del caso estos dos zaragozanos, Catedrático el uno —por dos veces— de Historia del Arte, hombre con tres carreras y pasaporte diplomático, el otro, actualmente en una Dússeldorf que, aun a través de las gafas consulares y el humo industrial, debe parecer una ciudad mil veces más respetuosa de su ser que Zaragoza.

Parece que el destino de la fachada es el de albergar detrás un centro docente (que ojalá sea un Instituto. Buena falta hacen, éste y otros diez o quince más). ¿Por qué pasa el tiempo, engordan las ratas, se comba la fachada y empieza a molestar a casi todo el mundo un nido de mugre en una de las partes de la ciudad no precisamente más aseadas? ¡Ah! ¡Otro misterio de la insondable Zaragoza de nuestros pecados...! Pero la verdad es que uno no tiene ganas de estar todo el día tronando por las negligencias, acusando los descuidos, pidiendo responsabilidades, como si fuera en ello algo personal. ¡Allá se las compongan el Palacio, el Instituto, las ratas, Zaragoza y la memoria de los duques de Villahermosa, Torralba, Manolo Gómez y el moro Aben Aire, cercano vigilante de otros monumentos próximos —las casitas dieciochescas de la calle de Infantes— próximos a la caquexia y haciendo oposiciones a la piqueta «progresista»!



EL PALACIO DE LOS PARDO

Si estos oficios de zascandil bienintencionado estuviesen mejor organizados, podríamos contarles a ustedes los busilis de este precioso patio renacentista. Busilis, lo que se dice busilis, tiene que haberlo. Porque si un patio renacentista sirve a diario de aparcadero de coches malolientes, humenantes y engrasantes y no hay busilis, es que hay cosas peores.

No nos importa hacer la propaganda de «Muebles Moliner» para que identifiquen los lectores rápidamente el emplazamiento de este palacio, frontero de la iglesia de Santa Cruz (cuya denostación, dicho sea de paso, y no precisamente a cargo del «vulgo ignaro», ya nos ocupará otro día de mal humor ciudadano, tan abundante por exceso de motivos).

Esta deliciosa casa-palacio, de un finísimo carácter plateresco, está hecha en el inevitable y simpático ladrillo nuestro, ése que, con el estuco y la madera, vienen a comprar los «tontos» de París y luego compramos los zaragozanos otra vez a precio de oro. La parte superior de la fachada es una muy par-

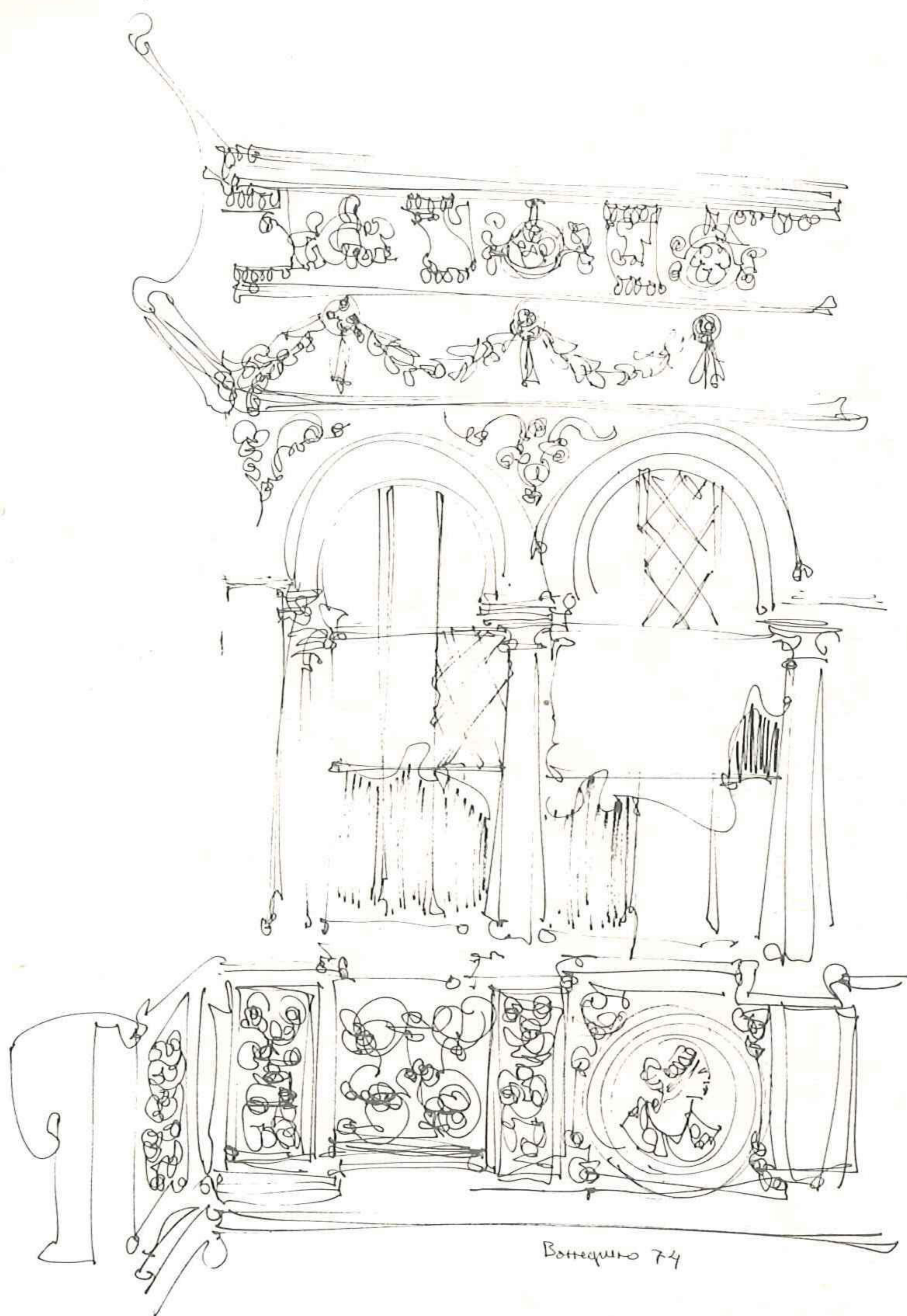


particular galería, reconstruida en buena parte, que es cosa de ver. Entrada la mitad de la centuria se hizo este patio, que hoy resulta espectacular por nuestra falta de hábito y que, si bien es menos suntuario y fantástico que el de Zaporta (algún día —¿qué se apuestan Vds.?— lo veremos fresco y remozado en algún insólito lugar, aprovechando cualquier efemérides «adecuada»), no le queda en zaga, sino al contrario, en la calidad de proporciones, equilibrio y categoría escultórica, con grutescos muy plásticos y medallones de excelente perfección.

La calle de Espoz y Mina (probablemente el decumano máximo de la vieja Caesaraugusta, prolongación de la que aún llamamos, sabe Dios desde cuándo, Calle Ma-

yor), nos guarda celosa, sigilosa y modestamente este patio, vivo aún por ser propiedad particular y pesar sobre él todos los interdictos protectores de Bellas Artes. Tan vivo y tan propiedad particular que, como queda dicho, sirve de aparcadero a varios repugnantes automóviles y es sólo visible cuando una misteriosa mano decide abrir la puerta y permitir que la nada luminosa calle oscurezca, más que ilumine, con su penumbra quieta, la labor de un trabajo que por su pureza, aunque sin otro fundamento, se ha atribuido a veces a Morlanes, hijo.

Destacaremos en él dos méritos más y un demérito, sublime por lo que tiene de descarado, casi de soez.



Los méritos son que la galería alta está compuesta de arcadas mixtilíneas, lo que no abunda en tal clase de fábricas. Y que la ascensión de las columnas (no quiero llamarlas «pies derechos» porque en este caso me temo que algunas no lo son; y es que los automóviles pesan unos cuantos kilos en un patio de cuatro siglos largos de edad) nos lleva a un juego agradablemente equilibrado y dinámico de zapatas, dinteles y antepechos cubiertos, como dice Abbad, «por una movida decoración de candelabros, grifos y medallones en yeso del país».

El demérito es visible, por voluntad de los propietarios que decidieron no ocultárselo a nadie y sacar

su donosura restauradora a la fachada, para que ni las puertas cerradas hicieran olvidar al transeúnte que se hallaba en Zaragoza, la ciudad suicida. Resulta que el balcón central debía amenazar con serios desequilibrios, como les ocurre a las torcidísimas ventanas laterales. Se le mudó la solería —precioso cemento a cara vista, el que ha quedado ahora. Dura cara la del cemento visto, en efecto— y se sujetaron, para sostenerlo, unos tirantes volados y curvos, de hierro, no sabemos si originales o no. ¿Dónde sujetar esos tirantes para que sostuvieran el balcón? ¡Naturalmente!: en las estuendas dovelas del dintel renacentistas. ¿Dónde, si no?

EPÍLOGO

Sarcasmo aparte —el sarcasmo, en definitiva resulta aquí una elisión eufemística porque la legislación penal nos retiene la mano—, algo habrá que hacer. Aunque sea de vez en cuando. Aunque sea cada dos mil años.

¿Qué mejor legado al futuro, qué mejor motivo de orgullo imperecedero —si es que hay alguien que aún se mueve por estas cosas—, a la hora del Bimilenario que salvar a la Zaragoza agonizante que indignamente se muere a golpe de descuido de genuria, como si, además de vieja, fuese fea e impecune?

¿Parque? ¿Operación Cuarteles? ¿Otra ciudad en el Puente de Santiago? ¿La conquista de la orilla izquierda? ¿Un gran monumento a no sé quién? ¿Congresos? ¿La Ciudad Deportiva? Estupendo.

Pero, sobre todo, antes que nada, algo más serio, más riguroso, menos espectacular, pero más profundo y más inteligente: que lo que tenemos de conservable de esos dos mil años que vamos a conmemorar lo siga teniendo Zaragoza por todos los que le quedan de vida. No seamos la generación que apuntille sin misericordia, en pro de las Vías Imperiales y de las Catetadas «anti Casco romano», lo poco que va quedando. Que lo cortés no quita lo valiente. Al menos, por otras latitudes a las que, de común acuerdo, solemos convenir en llamar «civilizadas».

Detalle del patio del Palacio de los Pardo